

EL CICLOPE.

Quito

BISEMANARIO DE CIENCIAS, ARTES, LITERATURA, &

Reactor—Pedro M nzo.

Administrador.—J. O. Soriano.

Año 1^o

Bañoyo, (Ecuador) Sábado 11 de Marzo de 1893.

Núm. 2

"EL CICLOPE."

B I SEMANARIO DE CIENCIAS, ARTES,
Y LITERATURA, ETC.

Se publica los miércoles y sábados de cada semana.

Tercer ejercicio.

Por un mes adelantado \$ 0.50
Número suelto " 0.10

Condicio es.

Se aceptan remitidos y avisos a precios médicos.

No se devolverán los originales aún en el caso de que no se publiquen los remitidos que se nos envían.

Toda todo lo concerniente a este periódico, dirigirse al Administrador en esta imprenta, plaza mayor, bajo la casa parroquial.

"EL CICLOPE."

SCRIPTUM ERAT.

Tiempo há que veníamos notando la falta absoluta de desagües en esta población, y hoy tenemos, como lógica consecuencia, que lamentar las enfermedades que trae consigo un malladado descuido.

En efecto; diversas fiebres, provenientes de la humedad, de la putrefacción de las aguas estancadas, del nízaro de las calles, necrom, diezmando, las diversas clases de la sociedad.

La *influenza*, esa terrible enfermedad que á veces degenera en pulmonía, viene haciendo presa, de algunos días á esta parte, á los habitantes de esta población.

Podemos decir, sin temor de equivocarnos, sin exageración, que casi no hay hogar sin dos ó tres miembros tendidos en el lecho, vacilantes unos, espirantes otros, y esto, cuando no toda una familia entera.

El cementerio se repleta de cadáveres, los fosos día á día abiertos, se renuevan incesantemente y á cada instante.

El hospital, situado en medio de la población y feo de estas terribles enfermedades, viene á ser el almacén que vomita epidémicos contagios contra sus vecinos ó el pueblo.

Cuando uno distingue multitud de luces apinadas, formando declives y horizontales, que callada y silenciosamente se dirigen al confín de la ciudad, no pregunte—¿qué es aquello?—pues le dirán—es un cadáver.

Este es el efecto, hablemos ahora de la causa.

En Guayaquil, como en todas partes se acostumbra, se toman las medidas sanitarias que la higiene pública aconseja: se construyen desagües, se hacen alcantarillas, se limpian y barren las calles y cuando la ciudad está amenazada por el cólera ó por otra peligrosa epidemia, entonces se reúnen juntas sanitarias, se nombran médicos que inspeccionen y den razón de los diversos casos que diariamente ocurren, en dos palabras: se cuida la población, se destierran las enfermedades.

Ahora ¿por qué no se hace aquí lo mismo?... O ya que no todo, algo siquiera...

Ni se nos diga—Guayaquil es una población numerosa, que cuenta cuarenta y ocho mil habitantes, buenas rentas, más necesidades... —porque entonces nosotros arguiremos diciéndoles: vuestra objeción flaquea por sus cimientos. ¿No sabéis que lo que se hace en París puede ponerse en práctica en el Callao?... O en otros términos. ¿Creeis que por el mero hecho de no ser populosa esta ciudad debéis dejarnos morir impunemente?

No; el deber, la humanidad, lo aconsejan de otro modo.

Buenas rentas... y aquí no se tienen muy buenas también?... Más necesidades; y aquí dejan de haberlas!

¡A grandes males, grandes remedios.

Construyanse á la brevedad posible, acequias, para evitar la fermentación de las aguas recogidas, foméntese un buen uso de calles, si es que lo hay, téngase una buena vigilancia y se verá entonces, si no del todo, á lo menos, en parte, desaparecer los principios epi-

démicos que amenazan acabar con la población.

El descuido en esto traería fatales consecuencias; evitense, pues.

Mas lo ya comenzado y lo que actualmente pasamos, no es posible evitarlo, ni aún siquiera desfigurarlo, pues, *scriptum erat*.

NOTAS.

Señor Director de *El Cyclope*.

Estimado señor y amigo:

Me ha pedido Ud. que colabore en su periódico y mal de mi grado, aunque el mismísimo San Ambrosio se opusiera, acepto.

Ante todo, voy á confiar á Ud. ciertos secretos... que me están haciendo estorbo, y tengo un demonio de començon, que no puedo hacer nada sin *desembucharlo* antes.

Allá van, pues, mis secretos y cuidado que no me gusta que todo el mundo se imponga de ellos, porque á fé no es tan bueno andarse en boca de fulanito, en la lengua de tutanito, en los dientes de menganito.

Iba cierto día, domingo lo recuerdo, caminando por esas calles de Dios, sin oficio ni beneficio, pues no tenía un papel á mano para *emborrullar* un poco.

Una vieja tapada con su rebazo, me da tan fuerte empellón que hubiere de resignarme á caer de bruces sobre un polizante, el cual, cabizbajo y rostruerto, no acertó á comprender si la agresión era intencionada ó no y saludándome con un terrible culatazo me hizo rodar por tierra,—fuese... y... no hubo nada.

Senti como que me halaban, ruido infernal, vocinglería algazara, después otra vez nada.

Cuando volví en mí, me encontré tendido en un lecho, famoso cuchitril, guarida de beatas y solteronas. Una mala bugia, chisporroteando, ardía en el fondo de aquel cuarto sucio, lleno de hollín, húmedo y oscuro. Un frío glacial que entumecía los huesos, se dejaba sentir.

Entonces me puse á reflexionar, convidándome á esto el silencio de la noche.

Muy por la mañana, me encontraba en mi bohordilla de antaño; arregléme como pude, me calé el vestido que mejor poseía, aunque á la verdad estaba verde y con dos remiendos: me puse el gorrión rojo con que tantas aventuras había pasado, arrojéme el bigote y salí á la calle.

Una damisela, con ruedos de demonio, unos ojillos chispeantes y vivarachos, con un rostro salpicado de carmin, y un talle rumbosoposo, capaz de volver loco al mismo Reinach, el famoso... calculista, se entretenía en hacerme unos melindres... desde el frente del callejón de la esquina... ¡Vaya! la cosa era para enorgullecer al mismo César vencedor de Antonio.

Y aquí viene al pelillo una dondosa pregunta.

¿Qué le pasó á este pobre de Antonio, tan grande como Alejandro, tan valiente como Viciato, que se dejó engañar? ¿Qué digo engañar; enloquecerse, perder un imperio y morir en un rincón de los mares por una mujer?

¿Quién lo creyera!

Cleopatra, esa pérdida hija de Eva, esa reina de los egipcios lo tenía más que demente, imbécil.

Me dirigí á donde élla estaba y tan torpe anduve en mi demanda, que tuve que volver cara hacia atrás.

Lo demás Ud. y yo lo sabemos. Aquella vieja maldita, me había hecho una buena jugarreta, causándome un magullón... pues que no otra cosa fué lo que me produjo el culatazo del soldadito prusiano.

Mientras tanto, el tiempo urge, el correo sale y mi correspondencia quiero que llegue pronto, *pron-tico*—como diría el pobre *pachuco* don Tartamudo.

Ah! me olvidaba de lo esencial del asunto; ¡atencion, pues! el famoso *burdgrave* se ha escurrido de por aquí. ¡Habrá ido á dar por esos trigos de Dios!

Si es así, pinchemelo y asegúrelo bien, pues que esta no se la perdonaré jamás; ¡santo Dios! lo *lincho* al maese bribón.

Soy de Ud., señor Director, su affmo.

EL CORRESPONSAL ***

ECOS.

ENVIAMOS nuestra más cordial enhorabuena á los señores profesores del "Instituto La Salle" y en especial al Director del establecimiento, por el notable adelanto de que en los certámenes pasados dieron prueba sus educandos.

Más vale tarde que nunca. Este es el verdadero progreso, la verdadera civilización.

Nosotros, amantes de las bellas letras, no desconocemos ese poder luminoso: la Instrucción.

Reciban, pues, una palabra de aliento, lanzada de lo más recóndito de nuestra alma.

Por falta de espacio, se nos quedaron en galeras los siguientes sueltos:

Damos nuestro más sentido pésame á los deudos del que fué señor doctor Antonio Fernández Córdova, ex-Senador que ocupó varias veces la tribuna de nuestros Congresos, fallecido el sábado 4 de los corrientes, á las once a. m.

Paz á sus cenizas.

Ojo, señora Policia.—Hay muchas personas que acostumbran bañarse como Dios los envió al mundo, ni más, ni menos, haciendo ruborizar á más de una doncella pudorosa que tuvo la desgracia de pasar por allí.

Ciclón.—Hará cosa de dos semanas que se desató uno muy fuerte en las inmediaciones de Sabaneta.

¡Cuanta que éstos suelen ser terribles y desolan poblaciones enteras!

AYER, por la tarde, á eso de las seis, un soldado cuyo nombre es Julio, hecho una *avita*, promovió un semi-escándalo en la calle del Comercio, intersección con la del Impulso. La causa... una hija de Eva que se resistía á dar pávulo, en plena calle, á los *impúdicos* deseos del hijo de Marte.

Algunos tipos que miraban la escena, se rían, torpes, de aquel... atentado.

Corremos traslado á la Comandancia de Armas de esta ciudad para que tome las medidas oportunas, en pró del buen nombre del Ejército Nacional.

SUCIEDO.—¡Fatalíca palabra y más aún si cabe, cuando á ella unimos el nombre de un amigo en la plenitud de su vida, en la edad de las ilusiones aún. ¡Podrá haber razón que lo justifique? ¡Quién sabe!

Esta exclamación hemos lanzado al tener la tristísima noticia del suicidio del estimable joven amigo nuestro, señor Octavio Wither, sucesos acaecido, según se nos dice, ayer, en Guayaquil, donde con su muerte deja en la sociedad un triste vacío y en su hogar el dolor, la desolación.

Un momento de enagenación mental, á no dudarlo, ha sido el que

lo impulsó á tomar tan vergonzosa, tan pusilánime resolución, aunque nos cause pena el decirlo.

Jóvenes somos aún, pero allí están la Filosofía, el buen juicio y las santas ideas que desde nuestra infancia nuestros padres nos inculcaran, para ponerlas en práctica en las por desgracia numerosas, tristes circunstancias de nuestra vida.

Sólo nos resta deplorar sinceramente la prematura pérdida del amigo y enviar á su con justicia inconsolable familia, una palabra de condolencia, en tan inesperada desgracia.

SAN JUAN DE DIOS.—Tuvimos el placer de pasar algunas horas con motivo de la fiesta que se celebraba en la capilla del hospital en el día del santo, con cuyo nombre encabezamos estas líneas.

Las madres, nos obsequiaron con algunas distracciones, solazándonos aquel bullicio que formaban los petardos, campanas y una mala música.

Entusiastas y abnegadas obreras de la caridad, estas religiosas, son dignas del aprecio público.

UNA RISA.—En la calle de... tenía lugar el jueves á las 6 p. m., poco más ó menos. ¿La causa? fácil es adivinarla.

Siempre serán las mujeres la perdición de los hombres.

Parece que el asunto oía á celos. Las recriminaciones y de nuestros lo dirigía la parte débil que era, sin duda, la ofendida, es decir, la Eva.

A no dudar, el Adán había buscado nuevas y más tiernas emociones amorosas. Y aquí que viene de molde aquello de que

En dos cosas se parecen

El pepino y la mujer:

En que gustan al principio

Y en que hacen daño después.

QUÉ ALEGRILO se hallaba un pobre *pachucito* ayer á la una p. m. en el portal de la Comisaría Municipal. Reía y cantaba á más no poder.

¡Poderosos efectos del omnipotente alcohol!

El, torna en alegrías los pesares y viciversa; él, hace de humildes orejas temibles leones; él, cual la fascinadora boa, y cual espantoso precipicio, atrae, á su pesar, innumerables víctimas; él... en fin, tanto se podría decir... pero bah! olvidábase que no hemos nacido para disertar ó filosofar como un Abelardo ó un Descartes, sino que deseamos llenar lo más variadamente posible esta sección, para solaz de nuestros lectores, y aquí

ponemos acápite, que es como decir la puerta falsa por donde se escapa de ciertos atoladeros.

INSISTIMOS.—Si antes no habíamos dicho el número y la calle de aquella ya famosa *La—bandería* de marras, fué porque creíamos que los interesados, se tomarían la molestia de oírnos; más, como así no ha sucedido, nos vemos en la dura, pero justa necesidad de hacerlo.

Está situada en la calle de la Municipalidad, número... no existe, hacia el lado Norte, en una casa vieja como los siglos de Brahma.

El rótulo es así: "*La—bandería—Peruana.*"

Por el buen nombre de Bababovo, no desdoren así esta buena villa de las "Mercedes."

No sólo es á los propietarios de aquella *Lacandera* á quienes nos dirigimos; es á todos los que se lo merezcan.

DESENLAZE FUNESTO.—Aquel Parrales de quien nos ocupamos en un suelto de nuestra sección "Ecos" del número anterior, tan mejor como se hallaba, ha tenido una recaída fatal que lo llevó á la tumba.

El jueves á las diez de la noche dejó de existir.

Nosotros, por rara coincidencia, hemos sido testigos de su trágico fin, é impresionados vivamente no hemos podido menos de exclamar: ¡pobre hombre!

En lo mejor de su vida, un *lugarito* le cortó su existencia.

Pobre, pero honrado, deja una familia en la orfandad.

Que la tierra le sea lijera.

¡¡LAMENTABLE DESCUIDO!!—Para solaz de nuestras bellísimas lectoras y feos lectores [perdona hermano, pero sabido es que siempre á los varones nos toca la peor parte], publicamos á continuación la amorosa epístola que el azar puso en nuestras manos, cuando andábamos por esas calles de Dios en busca de material para esta nuestra segunda edición. Curiosa es la carita, y se conoce que el pobrecito ama desinteresadamente.

Diablos de periodistas! dirá el pobre galán, al mirar su carta con mas publicidad de la que él deseaba! Parece que el mismísimo Lucifer los favorece en sus perradas.

Gracias por nuestra parte, amigo, si esto dices, y perdón por la irresistible manía que tenemos de publicar inéditos documentos con el laudable objeto de variar la lectura de nuestro periodiquito.

Dando por recibido el perdón, nos ofrecemos de todas veras, y como buenos amigos, á ayudarle, cuando guste, á redactar otra, que

también nos las valemos para eso de platonismo y fracesitas tiernas. ¡Vaya!

He aquí la meliflua misiva:

Señorita...

Voy á romper las vallas del silencio; voy á decir á Ud. cuanto la amo; voy á escribirle; pero tiemblo, sí... tiemblo al hacerlo, porque la idea de ser recibido con frialdad ó con una cruel indiferencia me atormenta por demás, me mata.

Pretender dar una explicación exacta de esta afección pura que llamamos amor, es más que inverosímil, vano intento; además, se ha dicho tanto... sobre esto, que encuentro muy vulgar esta carta ante Ud.

Quisiera para Ud. otro estilo, inventar otro cielo, otras caricias, otra gloria; quisieras ver unidas nuestras almas, pero unidas en amor divino y, en éxtasis, absorto, amarla, amarla porque Ud. merece ser amada.

Bástome verla una vez tan sólo, para desde ese instante [acaso el más bello de mi existencia] sentir por Ud. una pasión desconocida hasta entonces por mí.

¿Por qué la amé?... en vano procuro descifrar este enigma, sólo sé, que algo misterioso, algo arrebatador, algo sublime en los arcanos de la naturaleza, me anonadó.

Desde allí, infeliz, he seguido alimentando esta pasión del alma en mi pecho, cosechando una larga serie de desdichas en la ingrata tarea de amar.

¿Por qué no decirlo! Lejos de crearme ser correspondido parecíame notar en Ud. una indiferencia cruel, y si acaso alguna vez me dirigía sus miradas, más bien las he tomado como miradas de un alma compasiva, que de un alma enamorada.

Quizás, y con razón, algunas veces se haya disgustado de tener casi siempre un testigo insoportable á su vista, que, con la mirada fija, la seguía á todas partes, aun á través de sus balcones, de su hogar mismo; más, perdóneme Ud., esa aparente curiosidad es solo hija de un mal irremediable: el amor.

¿Cuántas y cuántas veces no he procurado ahogar en mí mismo esta insensata pasión!

Más, todo ha sido en vano: el corazón en pugna, en lucha horrible con la razón, la ha dominado.

Veces ha habido en que excéptico, llena el alma de duda, creía que todo, todo iba á terminar para mí; más, al contrario, mi pecho ardía como una hoguera inmensa, hoguera sacrosanta, hoguera de amor.

Juzgo que Ud. me tomará por un necio, por un insensato; más es

cierto lo que expreso en estas líneas, si bien ellas no dicen todo lo que el corazón deseara dar á comprender.

Quisiera obtener de Ud. una contestación que me llenaría de placer; pero no se la exijo. Usted puede hacer lo que á bien tenga, sólo si deseara saber si Ud. corresponde este cariño, este amor intenso que por Ud. siento.

Perdóne lo malo y lo mucho malo que lleve ésta.

X.

A ÚLTIMA hora, hemos recibido una circular del señor Luis Prieto.

QUISICOSAS.—

Un viejo que tenía el defecto de ser muy prudente, tuvo que bajar un día de su casa, y notando una encina muy robusta cerca de él, se alejó unas cincuenta varas del árbol. Prudencia, prudencia, iba diciendo por el camino.

Entonces una *chula* que le adeudaba al buen señor unos reales, pálida y desencajada le sale al encuentro, diciéndole:

—Mañana le pagaré, don Fulgencio.

Ella se llamaba Prudencia.

LITERATURA.

HOJAS CAIDAS.

I

Hora maldita me vió nacer,
Fatal destino de mi existencia;
Yo, del acíbar, la pura esencia,
¡Ay! gota á gota, la vi verter.

II

Nieblas del alma, nieblas queridas
Calma mi pecho, calma terrible
Dolor intenso, dolor horrible
Lúgubre, triste; triste tu anidas.

III

Cuando en la noche, triste sombria
Miro una sombra, sombra fugaz
Que me persigue, necia, tenaz
Digo: es la sombra, mi eterno día.

IV

Frigidos vientos, hórridas luchas
Mi frente azotan, en su vaivén,
Son del olvido; son mi sostén
Blanco sudario de mis tormentos.

V

Son mis sonrisas, risas amargas
Cual místico cesped, áridas selvas,
Arbol estéril ¡ay! noches largas
De Otoño yertas las madreselvas.

P. M.

VARIETADES.

¿TE ACUERDAS?...

á M. C.

¡Cuán dulce es evocar los recuerdos de la infancia! de esa época, la única verdaderamente feliz

de nuestra vida, en que, ocultos aún tras el velo de la inexperiencia los sinsabores que el mundo ha de ofrecernos, gozamos todavía en este valle de miserias, de la inocente dicha del perdido paraíso.

Te acuerdas?... Éramos niños. Tú, cual tierna y fresca flor, que comienza á entreabrirse a las primeras perfumadas brisas de la Primavera. Yo, cual el retoño que empieza á crecer al pié de la fuerte encina, que le sirve de apoyo y abrigo contra los rigores del vendabal y del cierzo, sin haber visto caer marchita una sola de sus verdes hojas, que semejan nuestros ensueños y esperanzas. Tú, ostentando las gracias de la niñez unidas ya á los nuevos encantos de la juventud, encantos que á la Naturaleza, no siempre prodiga, le plugo adornar tu ser, para hacer de tí la tierna compañera de mis infantiles juegos.

Te acuerdas? Cuántas veces al despuntar el alba, al comenzar á teñirse el horizonte con las sonrosadas tintas del crepúsculo matutino, melodiosas, suaves, poéticas como nuestros pensamientos de entonces, salíamos á correr por el césped, como inquietos cervatillos, tu cabellera ondulante al recibir el perfumado aliento de la brisa que azotaba nuestras frentes, brillando tus cabellos de oro á los tímidos rayos del sol de la mañana y entrelazados nuestros cuerpos con los brazos, sosteniendo sobre nuestras cabezas una manta que ondeando á impulsos de nuestra carrera, servíanos de techumbre y abrigo contra los calurosos rayos del sol!

Te acuerdas? cuando fatigados de la carrera ofrecíate yo los escogidos frutos que con afán buscaba para tí y después de refrigerarnos con ese nuestro sencillo festín, sazonado con el contento en que rebozábamos, oyendo los dulces trinos de los pajarillos que parecían unirse á nuestra dicha, ensalzando quizás tus gracias ó nuestro candor, acompañaban con sus cánticos nuestras frescas y francas risas y luego, bajo la sombría enramada de los árboles, sirviéndonos de lecho la manta que poco antes fuera la techumbre, arruyados por el murmullo de la brisa en el follaje, ese silencioso y poético murmullo que habla á nuestras almas en misterioso lenguaje; oyendo el ruido del arroyo que á las inmediaciones corría, nos dormíamos con el sueño de los ángeles, con la apasible sonrisa de la inocencia dibujada en nuestros labios, y sirviendo á mi cabeza de blando apoyo contra la dureza del suelo los blan-

dos rizos de tu abundante y suave cabellera dorada?...

¿Recuerdas? Cuántas veces á la caída de la tarde, regresando tan gozosos como partimos, rebozando júbilo nuestros corazones a la vista del hogar que á lo lejos colábrabamos, nos comunicábamos las mismas impresiones acompañando á ellas algunas inofensivas bromas, cuando los aldeanos que al paso encontrábamos, regresando de sus faenas, nos tendían alternativamente sus callosas manos, acompañando un "Dios guarde á los niños" ó un "buenas tardes les dé Dios" dicho en el sencillo pero sincero lenguaje campesino!

Te acuerdas? cuando algún escondido arroyuelo ó algún puente construido por nosotros á la mañana había sido destruido por las bestias, interrumpiendo así repentinamente la marcha; yo, más fuerte, tomándote amorosamente en mis brazos te conducía á la otra orilla para emprender de nuevo nuestra ruta, medio ocultos por las altas yerbas que en la orilla crecían!

Te acuerdas cuando en las plácidas noches de luna, á su melancólica luz nos paseábamos frente al hogar, entonando con fresca voz bellas canciones, bailando al compás de los instrumentos que los campesinos tocaban, ó bien formando un nuevo programa de distracciones y paseos para la siguiente mañana!

Anomalías!... Recuerdos gratos, y, sin embargo tristes.

La Providencia parece que nos deja los recuerdos del pasado, ora como un lenitivo á las penalidades, ora como el acibar para amargar la ficticia felicidad!

Hoy... todo ha cambiado! Esa es la dura ley de la naturaleza humana! El mundo no puede ofrecer felicidad estable, ¡no fuera mundo! La dicha, la verdadera dicha, sólo existe en la infancia, sólo puede existir cuando le acompaña la inocencia. Cuán presto se pierde ésta, por desgracia, y al desaparecer la una, vuela la otra también, dejándonos sólo las decepciones, el amargo y caro conocimiento del mundo y, según las acciones que los motiven ya como buenos guías y compañeros, ya como inflexibles fiscales, sólo los recuerdos!...

¡Todo ha cambiado, sí!... Tú, la tierna niña, la candorosa compañera de mi infancia que, cual yo, no pensabas sino en el presente, sin tener una idea del porvenir, tienes un nuevo horizonte ante tus

ojos. Degustate ya la vida de ilusiones, despertate de esos dulces sueños color de rosa para entrar en la vida social, en la vida del mundo, por antonomasia llamada real, es decir, realismo, materia, debiendo, sin embargo, llevarse en su propio momento ficción! toda mentiva! toda falsía!

Haces hoy la felicidad de un hombre, dichoso solo con poseerte. La fortuna, los honores, te sonríen, y en tanto arruyada por el bullicio del mundo y los gozos de tu amor, sueñas en brazos de tu esposo con la perspectiva de una familia de felices seres.

Yo... quién sabe! El hombre, siempre marcha al acaso, entre tinieblas, conducido por el destino, y siguiendo inconsciente el camino que éste le señale!

Nada sé del porvenir! Vedado nos es el conocer el mañana. Solo sé que en cualquiera circunstancia de mi vida, ya sea prospera, ya adversa, siempre vivirá en mi tu recuerdo.

Por eso hoy, al verte feliz, me regocijo, respetando los providenciales designios, bendigo la omnipotente mano, que me dió en la infancia tan para compañera, aprendiendo as a conocer las gracias, las bellezas incomparables con que la Naturaleza sabe adornar ciertos seres; gracias que nos hacen entrever lo sobrenatural, lo divino, lo sublime.

Por eso, al encontrarse hoy nuestras miradas en medio del bullicio de los salones, en medio de este picélagos en que ambos al azar marchamos, de este laberinto que llamamos mundo, te dirijo en una mirada, una pregunta nacida de lo íntimo: ¿te acuerdas?

Tus miradas, no menos elocuentes que las mías, me dicen que me comprendes y que en tu corazón se conservan aún, como las siempre vivas, esos dulces recuerdos y me contestas: ¡siempre!

MODESTO CHAVEZ F.

ANUNCIOS.

AVISO.

Los que suscriben, tienen el honor de ofrecer sus servicios al público en todo lo concerniente al ramo de cordería y calderería.

Fabrican pailas y alambiques de todo sistema; caños y tanques de hierro, de todo genero, para todo lo cual se hallan provistos de los materiales necesarios.

Todo se hace á precios módicos.

NAPOLEÓN LATORRACA Y CA

IMPRESA NACIONAL.